

Orbis Tertius, 2004, IX (10)

**Amanda Salvioni, *L'invenzione di un medioevo americano. Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*
Reggio Emilia, Edizioni Diabasis, 2003, 240 páginas.**

L'invenzione di un medioevo americano es un libro apasionante y lúcido. Amanda Salvioni, doctora por la *Università degli Studi di Roma Tre* y especialista en literatura colonial latinoamericana, desarrolla un tema crucial: cómo los principales intelectuales latinoamericanos y argentinos del siglo XIX y de principios del siglo XX pensaron el pasado latinoamericano y por qué fue necesario “inventar” un pasado americano ligado a un imaginario medieval europeo, que permitiera sentar las bases de las identidades nacionales en formación.

La noción de “pasado” está íntimamente ligada a la memoria, al recuerdo, al archivo, a la documentación. Esa será, entonces, una de las preocupaciones centrales de esta autora, que piensa los distintos modos en que el pasado se añora o se rechaza, siempre de acuerdo con la perspectiva y el punto de vista desde el que se lo aborde. Haciendo especial énfasis en la experiencia argentina, Amanda Salvioni recorre las obras y las principales concepciones de intelectuales como Pedro de Angelis, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y Ricardo Rojas, entre otros. Este recorrido le permite dar cuenta de su periodización y mostrar, también, cómo el pasado argentino fue reconstruido, reformulado, sepultado o revivido de acuerdo a los proyectos políticos y las ideologías imperantes en cada momento.

Ya en la introducción, la autora adelanta las categorías teóricas con las que trabajará, así como las principales hipótesis que la han llevado al análisis de este corpus. Ahora bien, el hecho de que se centre en este período particular no impide las referencias a otros escritores del siglo XX que, a juicio de Salvioni, también contribuyeron a pensar la cuestión de la identidad nacional, unida a las nociones del tiempo y de la historia. Entre ellos, la autora se remite a Borges, Martínez Estrada, Murena y César Fernández Moreno, cuyas referencias le permiten aludir a un concepto que será central en el libro: la noción de archivo. Para ello, se basa en las aproximaciones teóricas de Roberto González Echevarría quien, en su libro *Mito y archivo*, lee buena parte de la literatura latinoamericana desde esta noción —tomada, a su vez, de las aproximaciones teóricas de Foucault y Derrida, entre otros. En un inteligente gesto, Salvioni no se limita a repetir hipótesis ya confrontadas sino que da cuenta del carácter fuertemente simbólico y fundante del discurso histórico que se nutre del archivo, así como de la noción misma de literatura que se maneja en éste, pensado desde el particular caso argentino. Así, Salvioni lee las distintas aproximaciones (y oscilaciones) en torno del archivo colonial y señala que existe en la historia argentina una preocupación “obsesiva” por el estado del archivo histórico y por la supuesta “insuficiencia” de la biblioteca. Esto es así porque tanto la crítica literaria como la historiografía han necesitado legitimarse a partir de la autoridad que sólo el documento, la fuente escrita, puede conferir. Ahora bien, paradójicamente, también existe la impresión (en las distintas disciplinas) de que el archivo no existe o de que se ha perdido para siempre. Como si en el archivo se encontrara el “secreto del origen” —idea que toma del ya citado González Echevarría—, la autora señala que esta preocupación oscilante ha determinado los modos de aproximarse a los documentos e, incluso, las necesidades de “inventar” un pasado colonial para la Argentina, basadas más en una idea occidental europea del medioevo que en la auténtica lectura de documentos —cuya existencia está probada, por otra parte.

Desde la Biblioteca del Colegio Máximo de Córdoba, pasando por la imprenta perteneciente a la Compañía de Jesús en la misma ciudad, la autora describe el origen de un “archivo infernal” cuyo inventario se revela imposible y cuya reunión da cuenta de una serie de tensiones políticas entre España y América, además de las acciones de Andrés Bello, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, hasta llegar a Vicente Quesada y Ricardo Rojas —entre otros—, que se disputaron dicho contenido. Cuando la Compañía de Jesús es expulsada, su biblioteca y, sobre todo, su archivo (que guardaba manuscritos, relaciones de viaje y exploraciones, libros contables, correspondencia personal, sermones, manuales de uso y todo aquello que afectaba internamente a la Compañía) se dispersa y adquiere, entonces, un carácter difuso al tiempo que una importancia simbólica fundamental. Disputado, repartido entre España y algunas bibliotecas particulares argentinas, casi mítico, este archivo extraviado crea, para Salvioni, una imagen fundante de los documentos coloniales en Argentina, ligada a la idea del desorden, la pérdida y la dispersión. En los siglos posteriores el esfuerzo por “reparar” dicha pérdida se revelará como central, al tiempo que documentos, biblioteca y voluntades políticas anudan sus destinos.

Particular atención merecen dos capítulos del libro. En el capítulo tercero, se trata la relación entre dicha reconstrucción del pasado y la cuestión indígena. En esta “invención del origen” que el archivo

permite, la herencia indígena resulta problemática y espinosa para el imaginario “neoclásico” —como lo llama la autora. Por supuesto, existía el antecedente de la invención de un pasado azteca e incaico, que funcionó especialmente durante la independencia latinoamericana; pero aplicar dicho modelo a los pampas argentinos o a los charrúas uruguayos era, como señala la autora, “mucho más difícil de digerir”. Esto se complica, además, con el exterminio de los indios, alcanzado gracias a las acciones militares en el siglo XIX. Paradójicamente, dicho exterminio es el que permite una apropiación del pasado indígena, en tanto invención, en tanto mundo remoto, tras los cuerpos exterminados en la frontera. Mucho más extensamente, por supuesto, la autora va demostrando los distintos *usos* de la historia, el documento, la fuente, incluso la memoria, que —siguiendo a Michel de Certeau—, pueden leerse en las representaciones del pasado colonial argentino.

El libro se cierra con un interesante capítulo sobre la reinversión del pasado que la arquitectura neocolonial de principios del siglo XIX propone y posibilita. En un momento en el que la cuestión de la identidad nacional vuelve a revelarse crucial, nuevamente se recurre al pasado y a su potencial simbólico para dar cuenta de una idea de nación que surge como asustada respuesta frente al aluvión inmigratorio. Así, la autora recorre publicaciones como la revista *Nosotros*, artículos donde Eduardo Schiaffino y Martín Malharro dan cuenta de una historia del arte argentino o artículos del arquitecto Martín Noel en la *Revista de Arquitectura* (1915), entre otros. En todos ellos predomina cierta reconstrucción del “origen” de lo “esencialmente” argentino o nacional, así como también el rechazo a todo objeto, monumento o edificio que diera cuenta de momentos o personajes históricos controvertidos. En esta perspectiva, Salvioni subraya también que el objetivo de estos teóricos de la arquitectura tiene constantes puntos de contacto con la literatura, la crítica literaria y la historia y, especialmente, con la obra de Ricardo Rojas.

En *L'invenzione di un medioevo americano*, tensiones, memoria, recuerdo, olvidos, reinversión y preocupaciones político-ideológicas se dan cita para armar un mapa, una cierta lectura del pasado argentino que es, sobre todo, un inteligente análisis de los modos en que el pasado se construye en el discurso.

Valeria Añón